

## LA PROTESTA

Diario Anarquista de la mañana

CORRESPONDENCIA DE REDACCION  
Valores y Giron dirijanse  
a José C. Cisano

(No se devuelven los originales)

### Las libertades francesas

Los anarquistas, que como Kropotkin, Grave y Malato, alegando las libertades de la democrática Francia y el peligro del militarismo teutón, se declararon partidarios de la intervención armada en favor de los aliados, tienen allí, en la misma Francia, en la libérrima república de las tradiciones libertarias, un menús rotando a todos sus pretextos de «guerrafonía» deslumbrados por el relucir de los uniformes militares y arrastrados por la fiebre patriótica que barrió con todas sus convicciones de internacionalistas, enemigos de toda patria y de todo gobierno.

En medio del general clamoreo, causado por el resurgir del furor patriótico; en medio del bélico grito del pueblo que clama contra el invasor de esa patria, y en medio del trastorno de una y la cobardía de otros, un hombre, en quien sus convicciones fueron más fuertes que todas las convenciones, y el surgir del pasado no fué capaz de hacerle un claudicante, un apóstata de sus ideas, se encaró de frente, dispuesto a luchar contra todos: contra sus enemigos de toda la vida y contra sus amigos y compañeros de ayer.

Este hombre, a quien la fiebre patriótica no pudo arrollar, es a Sebastián Faure; y él en el corazón mismo de Francia, en el París del cosmopolitismo, la ciudad de las luces, embragada hoy de patriotismo y de hidrofobia guerrera, tuvo un gesto de altivez revolucionaria, publicando su periódico «Ce qu'il faut dire...», que vino a ser como un vibrante anatema lanzado al rostro de todos los apóstatas, vendidos y claudicantes.

El periódico de Faure es anti-patriótico; combate la guerra; no es ni germánolo ni francófilo; es anarquista. Y como ser anarquistas y combatir la guerra, es un crimen en la libérrima Francia, la libertad de imprenta ha sido anulada. La censura se encargó de cortar lo que a los gobernantes de la Francia no les conviene que se diga.

«Ce qu'il faut dire...», es un documento que habla bien claro de las libertades francesas.

### MOTIN EN BATAVIA

Batavia es un puerto de Holanda. En este puerto—dice el coloso vacuó en el «La Prensa»—estalló un motín en el cual están complicados los tripulantes de tres acorazados holandeses. Treientos marineros realizaron una manifestación por las calles de Vellevedel, en los suburbios de Batavia.

Intervinieron las tropas que arrestaron a sesenta de los amotinados, los que fueron castigados. No se indica el motivo de este movimiento.

Aquí pone punto el colosal farolero, al más insulto de los diarios bonerenses exceptuando «La Vanguardia», por que ésta, en asuntos de jorobar al «estrepitoso» público, se ríe de los peces de colores... y de sus rivales en el mar cano.

Bueno. Preguntamos nosotros: ¿Por qué no se indican los motivos que impulsaron a los marineros holandeses a sublevarse? ¿Qué no lo saben? Pues, para nosotros tenemos que el tal motín de Batavia tiene su justa base en el hambre y la excesiva disciplina a que sometían los jefes a esos marineros. Porque sólo el hambre y los castigos crueles son capaces de levantar el espíritu rebelde que en el fondo de todos los hombres existe innato. Esos marineros pasaron quince meses de hambre y de fatigosos trabajos forzados, hasta que por último, ese instinto rebelde a que hacemos mención, levantóse y dió al traste con todas las imposiciones bajo las cuales gemían la miseria de ser esclavos.

Quien conozca siquiera un poco, la barbarie militar, sabe muy bien qué clase de vida llevan cuantos milares creen en la bondad magna de servir a ciegas al epabellón nacional...

No nos extraña, pues, que nuestro periodismo haga énfasis, sin cometer el

asunto. Siempre fué el mismo: elástico como la goma...

¿Será esta de «La Prensa» una galantería para con la reina de Holanda, Guillermina?

Es probable: ¡son tan babosos estos papeletes!

## La justicia histórica

Desde prehistóricos tiempos, la justicia fué un medio de venganza; fué el arma esgrimida por todos los dirigentes de pueblos, para castigar las faltas de los dirigidos. En todos los épocas, se consideró falta, y se le denominó crimen, a todo hecho que atentara contra los intereses, no precisamente de la mayoría que componía el clan, la tribu, o la nación, sino de la minoría dirigente adueñada de todas las riquezas, encargada de reglamentar los actos de todos los individuos que componían el pueblo—de los siervos de ayer, proletarios de hoy—por medio de leyes impositivas, que vinieron, con el transcurso de los años, a convertirse en moralidades sociales.

La espada de la ley, pendiente sobre la cabeza de los plebeyos, de los que en todos los tiempos no tuvieron en la vida otra misión que obedecer, de los miserables que aplastados por la férula del tirano, se arrojaban por el suelo, para besar el pie que pisoteaba sus carnes, la mano que esgrimía el látigo flagelador de sus cuerpos, fué la que impuso a los pueblos el derrotero a seguir, fué la que marcó a la humanidad el camino, anulando la individualidad del hombre y haciendo de él un animal sumiso y obediente, carente de ideales y aspiraciones, satisfecho de su vida vegetativa y de su condición de bestia.

Cuando los pueblos, en un gesto de hombría y altivez, cansados de sufrir, se revelaron contra la explotación de los señores, contra la férula despiadada de los gobiernos, la ley—el eterno instrumento que sanciona y sanciona, las más crueles tiranías—invocando el nombre de justicia, cayó inexorable sobre la cabeza de aquellos que tuvieron la osadía de revelarse, de aquellos que, rompiendo con la moral establecida, quisieron conquistar un poco más de libertad, arrebatándose a los que tan injustamente la detentaban.

Los señores y gobernantes perjudicados en sus intereses de clase—intereses creados, considerados como naturales—calificaron de crimen todo gesto libertario, haciendo pagar con la vida, a todo el que infringiendo las leyes, las costumbres y moralidades, se reveló contra esa imposición ejercida por la ley la atávica costumbre y la inveterada moral.

Es por eso que todos los grandes libertarios e innovadores, que destruyeron las falsas creencias, dándole a la vida una nueva interpretación—desde el punto de vista religioso, político y social—y los hombres de ciencia que por medio de sus descubrimientos demostraron la falsedad sobre que estaba basada la idea del mundo—de su estructura material, cualidades y propiedades—y sus relaciones con los demás mundos, disseminados por el universo infinito—fueron considerados criminales por la moral de su época, y como tales, condenados a pagar con sus vidas el crimen que, una ley estúpida y convencional, sancionaba, sin otro conocimiento de causas que el estampado en la letra por un legislador, que siendo privilegiado forzosamente tenía que defender el privilegio.

Los legisladores, jamás se detuvieron, al hacer una ley tendiente a reprimir ciertos efectos atentatorios a los «derechos» de los señores, a estudiar las causas que producían esos efectos. No pensaron, o no quisieron pensar por propia conveniencia, que la rebelión era una resultante de la tiranía, el robo de la detentación de la riqueza social, en manos de unos cuantos usufructuadores, y el crimen consecuencia de otro crimen. Hicieron la ley, la impusieron por medio de la autoridad, y el acto justiciero al gesto de Simón Radowski, el justiciero del asesino Falcón, porque consideramos ser más criminal asesinar cobardemente al pueblo indefenso, que no matar al asesino del pueblo.

Los hombres a amoldarse bajo una única regla de gobierno, a pensar de una única manera y tener un sólo concepto de la vida, fué la que por una cruel ironía dió en llamarse justicia, cuando tan sólo es un verdadero anacronismo.

La justicia histórica es así: torpe, ciega, brutal e impositiva. Es el crimen elevado a la categoría de los actos nobles; es el robo metamorfoseado en derecho, la prostitución en moralidad, la tiranía y la explotación en humanismo. La justicia es la que aprueba el que una parte de la humanidad se muera de hambre, mientras otra parte, derrocha en lo superfluo las riquezas debidas al esfuerzo colectivo; es la que admite los amos y los esclavos, los gobernantes y los gobernados; es la que glorifica a los grandes criminales, invasores de pueblos, violentadores de mujeres y estruadores de niños; y es la que rinde estatuillas holocausto a las guerras y matanzas. En nombre de la justicia se desarrolla actualmente en la vetusta Europa, la más grande de las carnicerías que registra la historia; en nombre de la justicia, se incendian las ciudades, se arrasan las aldeas, se remueven los campos calcinados por el fuego de la metralla. Al que más mate al que más incendie, al que más «genocidios» logre sacar fuera de combate, más honores se le tributarán, más cruces colgarán de su pecho. El heroísmo guarda completa relación con el crimen. Se es más héroe cuanto más criminal se sea, cuanto más crímenes se cometen.

«Pero la justicia histórica tiene también su reverso. Del mismo modo que premia los crímenes, condena las nobles acciones. La justicia, es, aunque parezca una contradicción, la encargada de condenar a la justicia. Y lo es, porque la justicia jamás ha sido humana, ni social; fué justicia de clase, establecida según las conveniencias de una clase poderosa, adueñada del poder y de las riquezas sociales, y puesta al servicio de sus intereses, en detrimento de los intereses de la otra clase que componía el conjunto social: los miserables desheredados del patrimonio universal, sometidos al capricho de los gobernantes, reducidos a la esclavitud por la fuerza brutal de los estados. Invocando la palabra justicia, se obligó en la Grecia, a Sócrates, a beber la cicuta, porque en sus estudios filosóficos atacó la moral prostituida de la época; y en nombre de esa justicia, mataron en Roma, bajo el imperio de César Augusto, a Espartaco, por sólo un gesto de rebeldía; como mató también la Iglesia católica, en nombre de la justicia divina, a Giordano Bruno, a Juan Hus, Savonarola, y otros muchos hombres de ciencia, porque sus descubrimientos tendían a destruir su poder temporal, descubriendo el error sobre el cual se afirmaba.

Si la justicia sólo fué a través de los siglos, un medio de venganza, una arma puesta al servicio de los gobernantes para castigar y someter a los pueblos, la brutal imposición del fuerte sobre el débil, ¡por qué nosotros, los proletarios de hoy, los que tenemos noiones de una mejor vida, los que nos hemos formado un nuevo concepto de la justicia, los que desechando toda justicia de clase, bregamos por la implantación de la justicia humana y social, hemos de acatar esa justicia histórica que sanciona los más grandes crímenes y condena las más nobles acciones?

«Los anarquistas no debemos, no podemos interpretar al igual que los detentadores del privilegio, los gobernantes y tiranizadores del pueblo, la palabra justicia.

Es por eso que nosotros llamamos «acto justiciero» al gesto de Simón Radowski, el justiciero del asesino Falcón, porque consideramos ser más criminal asesinar cobardemente al pueblo indefenso, que no matar al asesino del pueblo.

Si la vida de un hombre representa un obstáculo a todo un pueblo, y si su muerte puede salvar millares de vidas, es lógico, es humano, que la vida de ese hombre—aunque sea de la sociedad el más superior en gerarquía—sea eliminada. Nadie tiene derecho a atender con la vida de otro. Pero cuando la vida de uno pelagra, muy natural es el defenderla.

Anarquistas: el «crimen» de Simón Radowski no puede ser considerado como tal por nosotros. Su acto sólo fué la consecuencia de un bárbaro atropello llevado a cabo por las huestes policíacas al mando de Falcón. Si la sociedad burguesa exigió justicia para vengar la muerte de uno de los suyos, nosotros debemos de exigirle para vengar al pueblo.

En las heladas regiones de la Tierra del Fuego, en el trágico presidio de Ushuaia, nuestro compañero es villanamente castigado; su voz ha llegado hacia nosotros en demanda de auxilio; nuestras convicciones de anarquistas y nuestra solidaridad de compañeros, nos obligan a que hagamos un supremo esfuerzo. ¿Qué hacemos?

Emilio López Arango.

### Maetzú, enfermo

Ramiro Maetzú (o «de Maetzú», como ustedes quieran), está enfermo. Tiene «sarampión aladéfalo», y del peor carácter: es un caso desesperado.

Su enfermedad le hace delirar, y ve en cualquier «bun» que habla inglés, el salvador de la Humanidad. Ahora le ha dado (no sé si también a él) fe habrán dado), por incensar a un tal mister Hughes, jefe del «Labor Party», australiano y exobrero, según dice él y Maetzú.

Hace más de una semana que «da la lata» con el Hughes: australiano por aquí, australiano por allá, ha puesto a nuestro antipoda más sobado que una piel de kangaroo de Adelaida.

Ello no tiene mucho de malo, aparte de la «tabarra»; pero lo peor del caso es que don Ramiro llega más allá en su delirio; llega a olvidar que Hughes, aunque obrero ayer (si no es que su «soberismo» consistió en ser propietario de algún taller o tallerito allá por Sidney), es hoy un político de altura; es decir: un representante de los intereses coloniales (que no son los intereses del pueblo australiano, sino los de los cocheros y criadores de la gran isla) y que, por lo tanto, ha de buscar «car» tajada de sus amigos, los «landlords» de la tierra oceánica.

Esto es lo que hace del citado «mister», un campeón del «proteccionismo», y le obliga a coger por los pelos cualquier ocasión, para recordar a la metrópola cuál debe ser el pago después de la guerra a los capitalistas de su país, a cambio del apoyo que ahora le prestan en su sangrienta disputa con los teutones.

Hughes ha dicho cosas que hacen exclamar a Maetzú: «Los obreros de Australia no tienen los ojos cubiertos de telarañas». Y llama telarañas a «todas las monsergas—pacifista, antimilitarista, librecambista, etc.—que se habían propagado estos últimos años entre los democratas europeos».

Lo del librecambio y el «cetera», me importa poco. Allá se las hayan los manufactureros, comerciantes y ciudadanos; pero lo que me hace «roncha» es, que llevado por su fiebre aladéfalo, el correspondiente del «Heraldo» se atreva a llamar «telarañas» al pacifismo y al antimilitarismo, sin querer comprender que nunca como ahora los frutos del culto al «bun» han sido tan funestos; y sin ver que incurre con sus palabras, en la mayoría de las contradicciones consigo mismo.

Es de que ahora, cuando hasta el belga Maeterlinck ha levantado su voz diciendo de qué se destruya lo mejor de Europa; cuando la furia de los combatientes está comprometiendo el porvenir de las razas europeas, salga todo un Maetzú (que se dice enemigo de los alemanes, por la idolatría del pueblo germano al militarismo), tratando poco me

nos que de papapanas a los propagadores del internacionalismo y la paz universal, resulta una inconsecuencia, posible sólo en un enfermo, a quien la fiebre hace ver visiones y decir majaderías.

### NUESTROS PRESOS

Porque se rebelaron contra el orden y la justicia burguesa.

Porque su boca ha dicho las grandes verdades de la vida; y se arrojaron a cuerpo perdido en la lucha, en el tumulto, en la sombría batalla de sus ideales de emancipación humana.

Porque han hecho de su talento portento, de su arte inimitable, un sólo útil, un instrumento acerado y terrible hacia nosotros en demanda de auxilio; nuestra convicción de anarquistas y nuestra solidaridad de compañeros, nos obligan a que hagamos un supremo esfuerzo. ¿Qué hacemos?

Porque desenmascararon a los malvados, que al pie de ídolos impasibles, y sangrientos de ignominia, embancan a la gran masa ignara.

Porque han sido tribunos del pueblo, sin verbosera rimbombante, ni palabras melodiosas, pero henchidas de genio lírico en frenesí, la voz del sufrimiento, y la desesperanza, en estas trágicas horas, iracundas de desequilibrios y de naufragios mentales, de angustias supremas en la humanidad avergonzada y aterrada.

Porque sintieron la vergüenza de la inacción y recogiendo todos los dolores, tocos los martirios y todas las aspiraciones del pueblo oprimido, las han lanzado en un gesto viril de rebeldía heroica al rostro de los tiranos.

Porque no se adaptaron a vivir en este putrefacto ambiente, y en esta sociedad hipócrita y corrompida.

Porque pronunciaron sobre todas las miserias y todas las injusticias, como olas de fuego sus palabras y sus profundas convicciones.

¡Victimas que han ido dejando pedruzcos de su carne por la senda intensa y dolorosa del martirio; hermanos que apuraron hasta la última gota el cáliz de la amargura; compañeros que en el «dramismo» han esgrimido la pluma como un hacha de doble filo, llevándola en las entrañas de los sicarios y sicofantes.

¿Y por qué delito? ¡Oh, por el terrible delito de pensar! Aquí en esta República de cañales y sinvergüenzas, el pensar es un horrendo crimen de lesa humanidad; aquí en esta tierra nefasta, con sus dos excepcionales leyes de excepción, el pensar es ir a «flar» con sus huesos en una ergástula, o en la sentina de un trasatlántico.

¡Oh, la civilización y el progreso de esta frutalga Argentina!

¡Hermanos, compañeros, trabajadores, hermanos libres! que améis la libertad y la justicia; no olvidéis, no olvidemos, que desde las lúgubres y sombríos fondos de los calabozos, nuestros hermanos gritan y reclaman: gritan contra la infamia y la tiranía que los herejicos; y reclaman. ¡Oh, hermanos! contra la indiferencia nuestra, porque no tenemos para ellos un gesto que los anime ni un consuelo conservamos que los haga menos pesada su amalgamada y angustiosa situación.

¿Quién no se solidariza con los que pagan su altivez y su heroísmo, enterrados en las celdas del presidio consumiendo su vida en la pésima alimentación y el látigo del esbirro?

La solidaridad, compañeros, se impone, es un deber de todo el que ama la libertad y la justicia.

### La justicia del «VII Metal»

«¿Téngis dinero?»—interroga el abogado.

«No»—contesta el cliente.

«Pues, amigo; vuestra causa está perdida. Si queréis que yo demuestre tan claro como la luz del día que sois inocente; si deseáis que saque la verdad desnuda del fondo del pozo; si esperáis que condene al culpable, dade me, mi dinero. Yo venia a Justicia, la Libertad, y la Honor al mejor y más seguro postor; soy el traficante en derecho; el mercader de la libertad convencional; un defensor y servidor de la Sociedad.



# "LA PROTESTA"

**TALLERES  
GRAFICOS**

Se hacen toda clase de trabajos concernientes al ramo: folletos, libros, manifiestos, periódicos, ta- lonarios - programas - sobres etc.

PRECIOS MÓDICOS  
RAPIDEZ Y ESmero  
PIDAN PRESUPUESTO

DIARIO ANARQUISTA DE LA MAÑANA

Precio del ejemplar 0.05 cts.

La publicación anarquista más difundida en la América del Sud. La que con más tesón defiende los ideales anarquistas.

La tribuna libre más libre que acoge todas las discusiones ideológicas, sociológicas, filosóficas y de interés colectivo

TRABAJADORES  
LEED "LA PROTESTA"

Redacción y Administración CALIFORNIA 1955

Unión Telefónica, 317 Barracas - Buenos Aires

## LOS ANARQUISTAS

Tenemos la firme convicción de poder aniquilar y desgarrar de cuajo a cuantas imposiciones presionan al hombre productor; a esas bárbaras imposiciones que son los frutos lógicos del militarismo, el capital y el gobierno, las tres infames grampas que agarrotan de modo absoluto toda idea de libertad, de igualdad y de justicia.

Harto está el pueblo de mentidas protecciones políticas, patrióticas y celestiales... y por eso es necesario, urgente, que derribemos sin contemplaciones pusilánimes toda idea de parlamentarismo, patria y religión.

ESTUDIAD, HOMBRES LIBRES, y aprended a obrar como es debido frente a la barbarie egalizada. Luchemos todos, firmes, sin temor. ¡Contra las leyes draconianas que pretenden ahogar en flor nuestra magnas ansias de libertad, todos!

## BOICOT

Trabajadores no fumar cigarrillos:

Excelsior, Barrilete, Sin Bombo, Ideales, Reina Victoria, Sociales y La Favorita y no beber las Cervezas:

Quilmes, Cristal, Tucma, Munich, Bock y Centenario Bock.

**Solidaridad, Trabajadores!**